

dignos de enviarlos á la escuela. El padre con su modesta dulzura me respondió.

Yo he hecho justicia á su mérito, pero tambien la debo á la verdad; y si vos tuviérais el tiempo y la paciencia necesaria, me seria muy fácil haceros ver que las mas de las objeciones, especialmente las que hace Voltaire, cuando no son de mala fe, nacen de defecto de instruccion, y que si hubiera estado mejor instruido, hubiera tenido rubor de presentarlas. No podemos disimularnos el mal método con que por lo comun se enseña la religion en la niñez, y que esta edad no puede comprender bien tan elevados objetos. Apénas se les hace aprender de memoria algunos documentos secos, y se les dice que los deben creer; pero al crecer en edad no se les explican, como se debia, los motivos ó los fundamentos porque deben creerlos.

En efecto, esto pide mas edad y mas reflexion, y debia ser el primer estudio y el mas serio de los jóvenes desde que su razon está formada. Sin esta nueva y cuidadosa aplicacion, ¿qué puede aprovechar la corta y estéril instruccion de su primera infancia? Así se ve que muchos por no haber tenido este cuidado, no saben mas que por rutina las fórmulas del catecismo; pero jamas adquieren una idea justa ni del plan sublime de la religion ni de las elevadas miras con que su Divino Autor ha encadenado sus verdades, ni aun la de

los objetos morales, que son el fruto de su práctica. Ménos saben las evidentes y multiplicadas pruebas, los irrefragables documentos con que su Fundador divino ha demostrado su mision, hasta hacer inexcusables á los incrédulos. ¿Qué es lo que resulta de esta corta enseñanza casi general? Que muchos, ó por ménos atentos, ó por mas ocupados, se quedan siempre en una culpable ignorancia; que creen muchos la religion cristiana como hubieran creido cualquiera otra, ó por mejor decir, que dicen que la creen, pero que no la entienden ni pueden dar razon de ella, y la tienen tan colgada en el aire, que basta el menor soplo para desvanecerla.

Que otros sabiéndola mal, y no conociendo ni la totalidad de su conjunto ni la elevacion de su espíritu, no pueden verla mas que á medias, y tienen unas ideas inconexas, escondiéndoseles su armoniosa y concertada conformidad; que solo ven misterios incomprensibles á que la razon no se acomoda fácilmente; preceptos duros y penosos de que se resiente el corazon; y no sabiendo las pruebas que evidencian su necesidad, estan muy expuestos por estas razones y sus malos hábitos á mudar fácilmente de creencia.

Por la historia y por sus experiencias han aprendido muchas ilusiones de la razon humana, y no conociendo las pruebas que distinguen á la religion, se figuran que esta puede ser una de tantas.

A esta oscura posibilidad se añade la jisonja de distinguirse del vulgo, la de mostrar un valor de espíritu que los otros no tienen, una superioridad de luces á que pocos alcanzan; y si por su desgracia logran con este medio alguna celebridad, se perdió todo, pues ya no se desea mas que aumentarla. Crece el atrevimiento, se multiplican las novedades, se insulta la religion con mas desca- ro, y esta pasion degenera en frenesí. Ve aquí como he visto que se han formado los incrédulos mas famosos que he conocido.

Me pareció, Teodoro, que habia alguna verdad en lo que decia el padre. No obstante le repliqué que era increíble que hombres sabios, que con tanto empeño atacaban una religion tan generalmente recibida, no la estudiasen bastante, cuando no fuera mas que para impugnarla con mas acierto; y que si esta religion podia presentarles pruebas tan claras como decia, era natural que talentos tan distinguidos la hubieran reconocido.

¡Ah, caballero, me respondió, no conoceis la fuerza de un espíritu preocupado que emprende un estudio con ánimo de no encontrar sino lo que desea! No hay duda, y yo me atrevo á asegurarlo con firmeza; no hay hombre de juicio medianamente recto, que si de buena fe y con ánimo sincero se pone á examinar la religion, no vea con tanta claridad como la luz del dia que trae su origen del cielo: se asombrará de ver el plan mas

vasto, el mas hermoso, el mas digno de Dios, el mas conforme al espíritu y á las necesidades del hombre; en fin, el mas capaz de hacerle feliz en la tierra y en el cielo; y verá que este plan tan grande, tan magnífico y tan sublime, tan superior á todas las ideas de que los hombres son capaces, es tan verdadero, tan evidente y demostrado, que bastan pocos dias para que un talento mediano, si se aplica, pueda quedar convencido, y se rinda como por fuerza á su evidencia, si no cierra de propósito los ojos para no ver la luz. Yo me atrevería á apostar....

Padre, le interrumpí admirando su ilusion, no hableis tan firme: yo pudiera reconveniros un dia con esta jactancia. Siempre estaré á vuestras órdenes, me respondió; y una persona del talento que os veo y de la buena fe que os supongo, no tardaria en verificar mis esperanzas; pero no pueden hacerlo así los filósofos, en quienes la vanidad y el orgullo son los principios de su incredulidad; porque una vez que se han propuesto distinguirse por la singularidad y arrojo de sus opiniones, ya no buscan la verdad, no desean instruirse para formar un juicio, toda su aplicacion se dirige á corroborar y persuadir los errores que les han producido su celebridad.

Así no se les ve atacar de frente el plan y la contextura entera del cristianismo. Fuera de que la empresa no es tan fácil; esto seria muy serio,

pediria trabajo, y hallarian pocos lectores. Si escriben, es para ser leidos y aplaudidos; saben que el mayor número de los que leen son superficiales, y que no leen mas que para divertirse. ¿Qué hacen, pues? Buscan todo lo que puede facilitar la irrisión y la sátira. Se llenan de regocijo cuando encuentran cosas que tienen apariencia de contradicción; tratan de dar un ridículo barniz á lo que les parece puede recibirle; no se embarazan acerca del fondo; no se hacen cargo de las costumbres antiguas; les basta que no sean las nuestras, y que puedan parecer extravagantes. O callan las causas que las hacen respetables, ó si es menester fingen otras; se alteran los textos, se exasperan los hechos, se calumnian las intenciones, no se respeta nada, se acomoda todo al designio, y con estos materiales se hace un libro.

Es verdad que este libro está lleno de falsedades y mentiras; ¿pero qué importa? Está lleno de chistes, de ironías y de gracias; el lector se divierte, y no pide mas. Tampoco el autor busca otra cosa; hace reir, vende su libro, adquiere fama de hombre superior, y está contento. Los defensores de la religion escriben contra él, y reducen su libro á polvo; demuestran la futilidad de sus sofismas, la falsedad de sus noticias y hasta la mala fé de sus citas; pero esto tampoco les importa; ellos desprecian á sus antagonistas. No

los leen, y si los leen es con desprecio, porque saben que los leerán pocos: por eso, como si nadie les hubiera respondido, vuelven á reproducir por sí ó por sus amigos las mismas falsedades; y este combate jamas se termina, porque las gentes del mundo que leen con tanto ardor sus ligeras producciones, no leen las respuestas, y por lo mismo no parece posible que se desengañen.

Aquí, señor, quisiera yo que hiciérais conmigo una reflexion. Supuesto que hay un Dios, no nos puede quedar mas que una duda: ¿O Dios ha hablado á los hombres ó no? ¿ó Dios ha revelado una religion ó no la ha revelado? ¿ó nos deja errar á la ventura sin mas socorro que la ley natural, ó nos ha dado una ley positiva, prometiendo recompensa á quien la crea y la guarde, y amenazando con castigos á quien la viole ó no la crea? Una de estas dos proposiciones es necesariamente verdadera. ¿Y no os parece, señor, esta duda de bastante importancia, para que cuantos estan en este mundo en la edad de la razon se apliquen con todo esmero y con todo el estudio de la vida á averiguar esta verdad?

¿Cuál otra puede ser la primera obligacion de una alma que conociendo su propia existencia, confiesa que hay un Criador supremo á quien la debe? No puede ser otra que la de adorarle y pagarle un tributo de adoracion y amor. Y si se la dice que este Criador ha publicado una ley

con amenazas y promesas, ¿cuál puede ser su mayor interes sino el de examinar si es verdad que esta ley ha sido publicada; si el que la publicó tenia mision divina; si ha probado esta mision por pruebas tan irresistibles y evidentes que puedan comprenderlas todos? Como, por ejemplo, si ha hecho milagros tan ciertos y tan claros que ningun juicio sano pueda ponerlos en duda; en fin, si se ha valido de otros medios no ménos persuasivos, y tales que despues de haberlos visto y considerado por todos lados, no dejan puerta alguna á la incredulidad.

Vuelvo á decir que no puede haber mayor interes en esta vida que el examinar la verdad ó falsedad de esta ley, porque si es falsa, se sale una vez de inquietud; pero si es verdadera, debe uno arreglar su conducta conforme á sus máximas.

Si hay en el mundo nociones simples y justas, lo son estas; si hay intereses importantes y grandes, ninguno puede ser comparable con este; si hay hombre sobre la tierra en este caso, nadie lo está mas que el cristiano, á quien se confirió el bautismo, y desde la primera edad se le hizo saber la existencia de una ley y la venida de un Legislador divino. No puede dudar que en todos tiempos por obedecerla muchos hombres han hecho grandes sacrificios; los unos se han retirado á los desiertos, y han vivido con una austeridad que asombra á nuestra naturaleza, solo por no ex-

ponerse al riesgo de violarla; los otros han sacrificado su vida con los martirios mas horribles por confesarla y sostenerla. Ve tambien que en nuestros dias hay muchas personas ilustradas y de gran talento, que despues de mucho estudio y reflexiones manifiestan y prueban su creencia por la severidad de su conducta, por una vida justa y religiosa, por la mortificacion de sus pasiones, por el abandono de las grandezas y placeres del mundo, por su desinteres, pobreza y otros sacrificios.

Cuando se les pregunta por qué hacen una vida tan penosa y contraria á todos los estímulos de nuestra concupiscencia, responden que aunque les cuesta mucho trabajo, y pasan grandes amarguras, lo hacen porque así lo enseña el Evangelio, y porque el Divino Salvador lo practicó asimismo despues de haberlo enseñado; que este Salvador era el mismo Dios, y que ellos estan convencidos de esta verdad por todos los medios que pueden persuadir á la razon humana. Añaden que las pruebas de esto son tan evidentes, que es menester cerrar los ojos para no verlas, tapiar los oidos para no escucharlas, y despues de haber manifestado una conviccion tan íntima y segura, concluyen diciendo: El que quiera escucharme quedará tan persuadido como yo.

¿Cómo, pues, es posible que un hombre pueda saber y oir esto, y que en materia que tanto le interesa no quiera una vez en su vida detenerse el

poco tiempo que es menester para desengañarse, escucharlos y ver al fin si son locos y estan ilusos, ó si hay en lo que dicen alguna vislumbre de razon? Esto parece increíble, y con todo es lo que sucede. Yo apelo á vos mismo. Vos estais ya en edad avanzada; Dios os ha dotado de ingenio y de talentos; en cualquiera otra materia pareceis bien instruido, y manifestais haber tenido muy buena educacion; no os ha faltado ni el tiempo ni los medios de examinar este negocio tan importante, y con todo vos mismo me decís que nunca os habeis aplicado seriamente al estudio de la religion.

Asimismo añadís que no creéis nada, porque juzgáis que todo es invencion humana, que así tambien os lo han persuadido ciertos libros trabajados por grandes hombres, que se hallan conformes con vuestro modo de pensar. Y cuando se os dice que estos sabios son malos jueces; que otros no ménos sabios y mas instruidos en aquellas materias les han respondido, haciendo ver que han escrito con pasion y por captarse la gloria humana; cuando se os promete demostrar sus ignorancias, falsedades y mala fe, os contentáis con responderme que esto no es natural, y que vos no leéis semejantes libros, porque no son divertidos.

Esta saeta era muy penetrante para que yo no la sintiera: no era posible desconocer la justicia

de aquel baldon; pero procuré disimular su fuerza, y le dije: Sin duda que hay en esto falta de reflexion, y que no es proceder con toda la exactitud del juicio; pero el mundo y sus ocupaciones nos arrastran, y no puedo dejar de confesaros, porque es verdad, que ni yo ni ninguno de nuestros amigos los ha leído, y creo tambien que los que viven en el mundo los leen poco.

¿Cómo, pues, me dijo el padre, pueden juzgar la religion? Y ya que os dignais de perdonar las osadías de mi celo, permitidme otra reflexion. Decidme, señor, y llamad á vos toda vuestra cordura: ¿podréis concebir que se puede hacer un ultraje, un desacato, una injuria mayor á la Divinidad, que reconocerla, confesar que existe, oír que ha publicado una ley, que ha hecho conocer el culto con que manda que sus criaturas la adoren y obedezcan, y no querer ocuparse un rato ni tomarse el menor trabajo para averiguar si esto es verdad? El que se somete y obedece, aunque no sepa los motivos que le obligan, á lo ménos cumple y está en el buen camino; ¿pero no es una temeridad insensata tomar el partido de no creer sin saber por qué, y solo porque así lo persuaden las pasiones á la ligereza del espíritu? ¿no es exponerse visiblemente á faltar al respeto que se debe á la autoridad divina, y á todas las consecuencias que pueden resultar?

¿Puede haber tampoco mayor imprudencia que

preferir sin convicción propia las opiniones de pocos hombres, por la mayor parte disolutos y viciosos, á las de tantos hombres grandes de todos los siglos, los unos santos y los otros sabios, que atestiguaron su persuasión con su sangre, ó la aprobaron con los sacrificios mas penosos? ¿Y cómo puede verse sin horror que una religion que subyugó la filosofía del siglo de Augusto, que convenció á los Clementes, los Justinos y á los demas filósofos de aquel tiempo, que produjo los Agustinos, Crisóstomos y otros muchos varones, prodigios de virtud y ciencia, se vea hoy ligeramente despreciada por un jóven que ni siquiera se digna de aprenderla?

El Dios que este temerario reconoce, y que la dió á los hombres para que le sirvan como quiere ser servido y para que puedan ser felices, dándoles al mismo tiempo todos los medios para que se puedan convencer de su verdad, ¿no se ofenderá de su fria indiferencia, y mucho mas de su inexcusable presuncion? En cuanto á mí, señor, yo no concibo que se pueda hacer mayor desprecio de la grandeza de sus beneficios y de la soberanía de su Magestad.

Así, en mi juicio, el que no se aplica seriamente á este estudio, falta á Dios y á su propio interes. Si la religion es falsa, podrá entregarse á sus pasiones sin el ansia, compañera inevitable de la duda, si es verdadera, logrará con ella su feli-

cidad; y si á pesar de esta convicción la fuerza de sus pasiones le arrebató, la misma religion le enseñará á salir de su mal estado, y entre tanto vivirá con el consuelo y la esperanza de que un dia se calmarán, y podrá volver á su Dios y á las sendas de la virtud.

No puede ser buena disculpa decir: Yo me imaginé que no era verdadera, porque no me acomodaba; ó yo me dejé persuadir por otros á quienes no acomodaba tampoco; porque, señor, es forzoso confesar que si Dios es justo, que si nos ha enseñado una religion, y que para conocer su Divinidad basta estudiarla un poco, no puede dejar de castigar al que no la halla digna de tan corto trabajo.

Este discurso me turbó, porque sentí su fuerza, y no encontraba nada que responderle; así le dije: Vos me haceis temblar, padre, porque no es posible desentenderse de la evidencia de vuestros racionios: confieso que jamas habia hecho estas reflexiones que me condenan tanto como á la mayor parte de las gentes del mundo, que tampoco las hacen: vos me haceis conocer nuestro culpable olvido, y me espanta una ceguedad que seria increíble á no ser tan comun.

¿Ah señor! me respondió el padre, yo no me espanto: tanto el hombre es miserable; y quien considere las muchas causas que hay para la indiferencia de los unos y la incredulidad de los otros,

léjos de irritarse contra ellos, no los podrá mirar sino con lástima. Quisiera, padre, le dije yo, oiros algunas de estas causas. Y él me respondió: Lo haré con mucho gusto; pero como hoy es el primer día de vuestra convalecencia, y que todavía necesitais de reposo, lo dejaremos para mañana; y yo tambien lo dejo aquí, Teodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. A Dios por hoy, amigo mio.

CARTA IV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: difícil me será referirte todo lo que el padre me dijo al otro día: temo haber olvidado mucho, y lo que mas me aflige es que me es imposible repetirte sus discursos con aquella uncion modesta, y con aquel apacible tono de conviccion con que me los decia: así no esperes mas que un cadáver de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El padre dijo: El primer principio de que nace la incredulidad consiste en las pasiones de los hombres. La religion cristiana al mismo tiempo que somete al entendimiento, pretende reformar

el corazon; no solo nos propone la creencia de misterios profundos, sino tambien la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á reprimir el orgullo, la sensualidad, el amor de las criaturas por sí mismas, á no desear mas que los bienes invisibles, á no aspirar mas que á Dios, á no vivir ni hacer nada sino por contribuir á su gloria.

Este es el compendio de sus máximas; y si Jesucristo es Dios, si su palabra es verdadera, no hay remedio, es menester sujetarse á estas leyes, ó incurrir en las penas espantosas con que amenaza á los transgresores. Discurred ahora, señor, con qué ojos pueden ver esta alternativa unos hombres, que dominados por el orgullo, y devorados por la ambicion, no conocen otra felicidad que la de los sentidos: concebid cuán activo es el interes que tienen en rechazar una religion que les estorba, ó les emponzoña todos sus placeres; y teniendo ellos tanto interes en hallarla falsa, ¿quién puede admirarse se lo persuadan así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, cuando sus pasiones impiden atender á la verdad. Las ideas que lisonjean nuestras inclinaciones, nos dejan impresiones mas fuertes que las que nos desagradan; y esta depravacion que nace con nosotros, y nos sigue á pesar nuestro toda la vida, nos arras-